

trascurrieron hasta desaparecer, la Iglesia se apoderó del hombre en toda la plenitud de sus facultades; ni aun en la actualidad puede el observador extender la vista sin echar de ver que el extraordinario orden de cosas de donde hemos tomado origen, ha sido casi enteramente obra de la religión y de sus ministros.

En los *Estudios Históricos* hemos presentado el cristianismo avanzando al través de los siglos, cambiando no de principio, sino de medio, de edad en edad, modificándose á fin de adaptarse á las sucesivas modificaciones sociales, tomando incremento por las persecuciones y sublimándose cuando las instituciones de origen humano se desplomaban. La Iglesia (ténase cuidado en distinguirla de la comunidad cristiana, como que es la forma visible de la fe y la constitución política del cristianismo) se iba organizando mas y mas: sus milicias se extendían desde el Oriente al Occidente y Benito acababa de fundar su célebre Orden en el monte Casino.

Con la práctica habían ya los concilios adquirido mas regularidad: celebrábase mas metódicamente y se comprendía mucho mejor el límite de su influencia. Los concilios sirvieron de modelo á los cuerpos deliberantes de las dos primeras razas, y los prelados que en la sociedad religiosa eran reputados como próceres, fueron llamados á ejercer esa misma categoría en el orden político, y como ademas figuraban por su inteligencia, como caudillos de la civilización, naturalmente tuvieron que ocupar un puesto en las categorías mas elevadas del Estado, segun claramente lo acreditan numerosísimos documentos de las dos primeras razas.

La compensación por el asesinato de un obispo costaba con arreglo á la ley sálica 900 sueldos de oro, en tanto que por la muerte dada á un franco no se pagaban mas que 200. Se podía dar muerte á un romano convidado del rey por 300 sueldos y á un habitante de su casa por 600.

Uno de los primeros actos de Clodoveo está dirigido á los obispos y abades, á los hombres ilustres y á los magníficos duques, etc. *Omnibus episcopis, abbatibus*, etc. Otro tanto hizo Clotario en 516.

Gontran y Chilperico remitían el arreglo de sus desavenencias al buen juicio de los obispos y de los ancianos del pueblo: *ut quidquid sacerdotes vel seniores populi judicarent*. Y elegían por medianeros á los sacerdotes *mediantibus sacerdotibus*. Clotario II reunió á los obispos de Borgoña para deliberar sobre los asuntos del Estado y sobre la salvación de la patria: *Cum pontifices et universi proceres regni sui... pro utilitate regia et salute patrie conjunxissent* (627).

Los obispos son siempre los primeros de cuyo nombre se hace mención en los diplomas; no hay asamblea en que no se les vea figurar: sentencian los pleitos juntamente con los reyes, y su nombre figura al pie de la sentencia inmediatamente despues del del rey: eran soberanos en sus ciudades episcopales; administraban justicia, acuñaban moneda é imponían contribuciones de dinero y de sangre: Savarik, obispo de Auxerre se apoderó del territorio de Orleans, de Nivernais, de Tonerre, de Avalon y de Troyes y los incorporó á sus dominios. En el campamento el clérigo se llamaba *abad de los ejércitos*.

La unidad de la Iglesia que por la doctrina había llegado á establecerse, adquirió nueva solidez mediante la creación del poder temporal de la Corte de Roma. Al ceñirse el pontífice la corona, se aumentó su influencia política y pudo tratar de igual á igual con los soberanos. Por esta razón se ve que los pontífices autorizan con su firma el testamento de los reyes, aprueban ó desaprueban la repartición de sus Estados y llegan, por último, á tal exceso de autoridad, que disponen de los cetros, y hacen que los emperadores vengan á besarles los piés. Y téngase presente, que ese poder sin ejemplo en la tierra, no era, sin

embargo, mas que un poder de opinion, pues los papas que de ese modo hacían respetar al mundo su tiara, eran apenas obedecidos en la ciudad de Roma.

Al elevarse los sucesores del pescador al rango de soberanos, se elevaron tambien los obispos; la mayor parte de los prelados alemanes eran príncipes y por una coincidencia natural, pero singular, resultó que al hacerse electivo el imperio, sus altos dignatarios entraron en el orden hereditario, de manera que el elegido fue amovible y los electores quedaron en la opuesta condición.

Al caer Roma en manos de los pontífices dió incremento á la autoridad de la supremacía de estos con la alta celebridad de su nombre, y con la ilusión de sus pasadas grandezas: reconociéndola hasta los mismos bárbaros como antigua fuente del poder, pareció que Roma volvía á entrar en una nueva existencia y proseguía siendo la ciudad eterna.

La corte teocrática imprimía movimiento á la sociedad universal, y así como en todas partes había fieles, existía tambien la Iglesia en todos los sitios. Su gerarquía que principiaba en el obispo y se remontaba hasta el soberano pontífice, descendía hasta el último miembro de la parroquia al través del sacerdote, del diácono y subdiácono, del párroco y el vicario. Al exterior del clero secular figuraba el clero regular, inmensa milicia que por sus constituciones abarcaba cuantos accidentes y necesidades pudiesen afligir á la sociedad civil. Para todas las clases de enseñanzas ó de sufrimientos había eclesiásticos y frailes. Jamás el sacerdote soltero de la unidad católica dejó, como el ministro casado disidente de esa comunión, de hacer frente á las calamidades populares: su destino era morir en tiempos de peste socorriendo á los apesados, debía morir en tiempos de guerra defendiendo el país y montando á caballo á pesar de la prohibición canónica; debía ofrecer tal vez su vida á las llamas si ocurría un incendio ó perderla por rescatar cautivos. A su religiosa autoridad estaban confiadas la cuna y la tumba; cuando llegaba á ser hombre el niño educado por el clero, recibía de manos de este la esposa que le había de servir de compañera durante el resto de su vida. Había comunidades de virtuosas mujeres destinadas á proporcionar iguales ventajas de educación y asilo á las de su sexo, y por último la soledad de los claustros brindaba al estudio profundo y era seguro puerto contra la violencia de las pasiones. Bien se echa de ver que un sistema religioso tan íntimamente enlazado con la sociedad debía ser la esencia, digámoslo así, del mismo orden social.

Las riquezas del clero, tan considerables ya en tiempo de los emperadores romanos que tuvieron estos que ponerles coto, se fueron aumentando hasta el siglo XII por mas que no pocas veces en las apremiantes necesidades del Estado, fueron confiscadas y vendidas. El monasterio de San Martin de Autun en tiempo de los merovingios poseía cien mil medidas de tierra de las conocidas entonces con el nombre de *manses*. Con cada una de estas medidas podía mantenerse un inquilino con su familia y pagar los alquileres al propietario. La abadía de Saint-Riquier, mas rica aun que el monasterio de que acabamos de hablar, nos revela lo que era una ciudad de Francia en el siglo IX.

Herik presentó en 831 un estado de los bienes de esa abadía á Ludovico Pio. En la ciudad de Saint-Riquier, propiedad de los monges, había dos mil quinientas *manses* pertenecientes á seculares, y por cada una pagaban doce dineros, tres sextarios de trigo, de avena y de habas, cuatro gallinas y treinta huevos. Cuatro molinos debían seiscientos almudes (muids) de trigo mezclado, ocho cerdos y doce vacas. El mercado producía semanalmente cuarenta sueldos de oro y veinte el portazgo. Trece hornos pagaban anualmente diez sueldos de oro cada uno,

trescientos panes y treinta pasteles en tiempo de letanías. El cura de San Miguel pagaba una renta de quinientos sueldos de oro, distribuidos en limosnas por los hermanos de la abadía. Lo que eventualmente producían en el curso del año los entierros de los pobres y los extranjeros se calculaba en cien sueldos de oro distribuidos igualmente en limosnas. El abad daba diariamente cinco sueldos de oro á los mendigos; alimentaba trescientos pobres, ciento cincuenta viudas y sesenta clérigos. Los casamientos producían una renta anual de veinte libras de plata en peso, y sesenta y ocho el fallo de las causas judiciales.

La calle de los Mercaderes (en la ciudad de Saint-Riquier) pagaba anualmente á la abadía una pieza de tapicería de valor de cien sueldos de oro, y la calle de los Herreros toda la herramienta que la abadía necesitara. La calle de los fabricantes de escudos daba la obligación de encuadernar los libros de la abadía, lo cual se apreciaba en treinta sueldos de oro. La calle de los Guarnicioneros suministraba las sillan que fuesen necesarias para las caballerías del abad y las de los hermanos; la calle de los Panaderos entregaba cien panes semanalmente, la calle de los Escuderos estaba libre de toda carga (*vicus serventium per omnia liber est*); la calle de los Zapateros daba calzado á los criados y cocineros de la abadía; la calle de los Carniceros tenía que suministrar anualmente quince *sectarios* de grasa; la calle de los Bañeros suministraba colchones de lana para los monges y la calle de los Curtidores todas las pieles que fuesen necesarias; la calle de los Vendimiadores daba cada semana diez y seis *sectarios* de vino y la calle de los Bodegoneros, finalmente, uno de aceite; la calle de los Ciento diez *Milites* (caballeros) debía tener constantemente en buen servicio para cada uno de ellos un caballo, un escudo, una espada, una lanza y las demás armas.

La capilla de los nobles pagaba anualmente doce libras de incienso y de perfumes y las cuatro capillas del pueblo comun (*populi vulgaris*), cien libras de cera y tres de incienso. Las ofrendas presentadas semanalmente al sepulcro de Saint Riquier valían dos marcos ó sea trescientas libras de plata.

Sigue el inventario de los vasos de oro y plata de las tres iglesias de San Riquier y el catálogo de los libros de la biblioteca. A continuación viene la lista de las poblaciones dependientes de la ciudad, que eran en número de veinte, á saber: Buniac, Vallés, Drusiac, Leuville, Gaspane, Guibrantium, Bagarde, Cruticelle, Croix, Civinocurtis, Haidulfurtis, Maris, Nialta, Langradus, Alteica, Rochonismons, Sidrunis, Concilio, Buxudis é Ingoaldicurtis. En esos pueblos había algunos vasallos de Saint-Riquier que poseían tierras á título de beneficios militares. Contábase ademas otras trece poblaciones sin ninguna clase de feudo; y esas poblaciones, segun dice la noticia á que aludimos, mas bien que aldeas podrian llamarse villas ó ciudades.

En la enumeración de las iglesias, villas, aldeas y terrenos dependientes de Saint-Riquier, figuran los nombres de cien caballeros adictos al monasterio, los cuales en las festividades de Navidad, Pascuas y Pentecostés componían alrededor del abad un acompañamiento casi regio. En resumen, el monasterio poseía la ciudad de Saint-Riquier, trece poblaciones considerables, treinta aldeas y un número infinito de casas de campo, de todo lo cual sacaba una inmensa renta. Solo las ofrendas de plata presentadas en la tumba del santo subían anualmente á quince mil seiscientos libras de plata en peso, casi dos millones numéricos de la moneda corriente en la actualidad.

Clodoveo dió á la iglesia de Reims tierras en la Bélgica, Turingia, Austrasia, Septimania y Aquitania; además regaló al obispo de cuya mano había re-

cibido el bautismo, todo el espacio de tierra que pudiese recorrer mientras que él (Clodoveo) durmiera la siesta. La iglesia de Besanzon era una soberanía: vasallos feudales del arzobispo de esta iglesia eran el vizconde de Besanzon y los señores de Salins, de Montfaucon, de Montferrand, de Durnes, de Montbeliard, de Saint-Seine y hasta el mismo conde de Borgoña por su señorío de Gray de Vesoul y Choye.

Carlomagno en 805 mandó renovar el testamento de Abbon en favor del monasterio de la Novalaise, mencionando con este motivo los nombres de todos los terrenos que se le adjudicaban. Mr. Lancelot ha tratado de indagar la situación de aquellos terrenos redactando un documento que ofrece no poco interés.

Imposible sería reducir á cálculo la cantidad de oro y plata acuñada ó empleada en objetos artísticos que existía en aquellos siglos: solo puede decirse que sería extremadamente considerable atendiendo á la opulencia de las iglesias, á la increíble abundancia de limosnas y ofrendas y á la multitud infinita de contribuciones. Los bárbaros habían despojado al mundo y sus rapiñas quedaron en los sitios donde ellos se establecieron; en la actualidad sabemos que un ejército fecunda los campos que se propone arrasar.

La única cosa que merece ocupar nuestra atención por lo tocante á las riquezas del clero, es el indagar de qué manera sirvieron á la sociedad y de cuál otra propiedad se compusieron.

En tiempo de las razas merovingia y carlovingia dominaba el derecho de conquista: no fueron arrebatadas las tierras á los propietarios por efecto de una ley positiva, antes por el contrario, el hecho debió estar y estuvo frecuentemente en oposición con el derecho. ¿Quién podía impedir que un franco se apoderara cuando quisiese del campo de un galo-romano? Cuando Clodoveo donó á San Remigio el espacio de terreno que el Santo pudiera recorrer en tanto que el rey durmiera (1), es indudable que el Santo pasó por terrenos que tenían dueño, y que dejaron de pertenecerle así que el rey se despertó. Pero esos terrenos que cambiaron de propietario no cambiaron de régimen, y este es el punto sobre el cual todas las nociones históricas han sido falseadas.

Preséntanse á la imaginación las posesiones de un monasterio como una cosa sin relación de ningún género con lo que anteriormente existía y eso es un error capital.

Nada mas era una abadía que la morada de un opulento patricio romano con las diversas clases de esclavos y trabajadores necesarios al servicio de la propiedad y del propietario y con los pueblos y aldeas de su dependencia. El P. abad era el dueño, y los monges como si fueran los libertos, se dedicaban á cultivar las ciencias, las letras y los artes. Ni en lo exterior de la abadía, ni en sus habitantes podía notarse ninguna diferencia que chocara á la vista: un monasterio era una casa romana por lo tocante á la arquitectura, con su pórtico ó claustro rodeado de celdas ó pequeñas habitaciones. Y como en tiempo de los últimos Césares se había permitido y hasta mandado que los particulares fortificaran sus habitaciones, resultaba que un convento rodeado de murallas almenadas, se parecía enteramente á cualquiera otro edificio algo considerable de aquella época. El traje de los frailes era el que todos usaban en aquel tiempo: los romanos no gastaban ya el manto ni la toga; por medio de una ley se había prohibido el traje á lo gótico y todos habían adoptado la túnica de los galos y la capa talar de los persas. No nos parece raro el traje de los frailes en la actualidad, sino porque no ha sufrido variación alguna desde su origen.

(1) Carlos Martel hizo tambien un donativo de la misma especie: indemnizaba al clero, á expensas de los vecinos, de los bienes que le había quitado.

La abadía, pues, volveremos á repetirlo, era absolutamente lo mismo que una casa romana; pero esta casa que por espíritu de la ley eclesiástica había pasado á manos muertas no tardó en adquirir con arreglo al espíritu del feudalismo, una especie de soberanía: pudo administrar justicia, tuvo sus campeones y soldados, y fue un pequeño Estado completo en todas sus partes, sin dejar por eso de ser á manera de una alquería experimental, una fábrica (tejiáanse telas de hilo y paños) y una escuela.

Nada puede imaginarse mas favorable á la independencia individual y á los trabajos de la inteligencia, que la vida cenobítica. Una comunidad religiosa puede decirse que era como una familia artificial que siempre se hallaba en su período de virilidad porque no tenía que pasar como la familia natural, ni por la imbecilidad de la infancia, ni por la de la vejez: libre estaba igualmente de los períodos de la tutela y de la minoría y de todos los inconvenientes que la debilidad de la mujer trae consigo. Aquella familia que no moría, iba aumentando sus bienes sin poder perderlos, y como que estaba libre de todos los cuidados del mundo, ejercía sobre él una prodigiosa influencia. Hoy que la sociedad no tiene ya que sufrir el peso de una propiedad inmóvil, ni el celibato perjudicial á la población, ni el abuso del poder monástico, se halla en estado de poder apreciar imparcialmente unas instituciones que por muchos conceptos fueron útiles á la especie humana en la época de su institución.

Los conventos llegaron á ser una especie de baluartes en que la civilización pudo subsistir ileso bajo la bandera de algun santo: dentro de su recinto siguió cultivándose la elevada inteligencia conservándose con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política, ó sea la libertad halló un asilo, ó mas bien un socio en la independencia del monge á quien era lícito hacer investigaciones, y hablar sin ningún temor sobre cualquier asunto. Esos grandes descubrimientos de que la Europa se envanece, jamás habrían podido realizarse en el seno de una sociedad bárbara y sin la inviolabilidad y tranquila existencia del claustro, hubiera quedado rota tal vez para siempre la cadena que enlaza lo presente con lo pasado, pues no nos habrían sido transmitidos ni los libros ni los idiomas de la antigüedad. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, y todas las artes, tuvieron una sucesión no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Clodoveo hasta el siglo en que las universidades, compuestas también de profesores religiosos, hicieron salir la ciencia del fondo de los claustros. Para demostrar esta verdad no se necesita mas que citar los nombres de Alcuino, Angilberto, Eginardo, Teghan, Loup de Ferrieres, Eric de Auxerre, Hincmaro, Odon de Cluny, Gerberto, Abbon, Fulberto, etc. lo cual nos conduce al reinado de Roberto, rey de la tercera raza. Entonces nacieron nuevas comunidades religiosas, y perdió la de Cluny el magnífico privilegio de ser casi la única depositaria de la instrucción.

Sabido es todo lo que en aquellos tiempos sucedía con relación á los libros: multiplicaban sus ejemplares los frailes unas veces impulsados por su amor á la ciencia ó por superior mandato, y otras veces por penitencia. Durante la cuaresma sacaban copias de Tito Livio solo por espíritu de mortificación. Es desgraciadamente cierto que se rasparon algunos manuscritos haciendo desaparecer tal vez un texto precioso para estampar las cláusulas de algun donativo ú otra cualquiera elucubración escolástica. En el catálogo de la biblioteca de la abadía de Saint-Riquier se ve, que en 831 se conservaban ejemplares de Ciceron, de Homero y de Virgilio. En la biblioteca de Reims durante el siglo x figuraban las obras de Julio

Cesar, Tito-Livió, Virgilio y Lucano. San Benigno de Dijon poseía un Horacio.

En San Benito sobre el Loira cada estudiante (había cinco mil) daba en clase de honorarios dos tomos á sus maestros; en Montierender enseñaban en 990 la *Retórica* de Ciceron y dos Terencios. Loup de Ferrieres hizo corregir un Plinio mal copiado y remitió á Roma Suetonios y Quinto-Curcios. En la abadía de Fleury poseían el tratado de *república* de Ciceron el mismo que ha sido encontrado en nuestros días, pero desgraciadamente sin concluir. No me acuerdo de haber visto que se haga mención de un ejemplar de Tácito en ninguna de esas antiguas bibliotecas de Francia.

Infinitas son las atenciones que deben al clero de aquellos tiempos la música, la pintura, el grabado y particularmente la arquitectura. Carlomagno manifestó por la música la misma afición natural que hoy le sigue profesando la raza germánica: mandó venir de Roma cantores para su capilla y él mismo con el dedo ó con una varilla indicaba cuándo le tocaba á cada cual el turno de cantar, y marcaba el fin de cada versículo con un sonido gutural que era como el diapasón de la frase que iba á principiar. El monge de Saint-Gall refiere que ignorando cierto chantre las reglas establecidas y viéndose obligado á figurar en un coro, movía á uno y otro lado la cabeza y abría una enorme boca para imitar á los cantores que le rodeaban. Carlomagno lo estuvo observando con impasible serenidad y luego mandó que se le diera una libra de plata por lo mucho que había trabajado.

Había escuelas de música y los frailes sabían tocar el órgano y otros instrumentos de cuerdas y de viento. Las *secuencias* de la misa eran magníficas en el siglo x: empleábase en su canto toda la extensión de la voz y era tan extraordinario el efecto que producían, que se cuenta que una mujer murió de placer y sorpresa al oírlas. Las *secuencias* de origen bárbaro, llevaban el nombre de *Frigidora*.

El arte de grabar en piedras preciosas no estuvo tampoco enteramente perdido durante el viii y el ix siglos: dos canónigos de Sens, llamados Bernelin y Bernuin construyeron una mesa de oro adornada de pedrerías é inscripciones; Haldrico, abad de San German de Auxerre, sabía pintar y Tusilon monge de Saint-Gall ejercía en Metz el arte de grabador y escultor. La arquitectura denominada *lombarda* data de la época religiosa de Carlomagno: el monge llamado de Gozze fue un hábil arquitecto del siglo x. Posteriormente la arquitectura impropia llamada *gótica* debió en gran parte su gloria durante los siglos xii y xiii á clérigos, abades, monges y dependientes de los establecimientos eclesiásticos. Hugo Liberger y Roberto de Coucy, *maestro de Nuestra Señora y de San Nicasio de Reims* dieron los planos y dirigieron la construcción de la iglesia metropolitana de aquella ciudad y de la de San Nicasio, admirable edificio destruido por los bárbaros del siglo xviii. Aroun al Raschild, amigo y contemporáneo de Carlomagno, amaba y protegía como estas ciencias y las artes; pero las letras perecieron durante la edad media del mahometismo, así como por el contrario se rejuvenecieron y renovaron en la edad media del cristianismo.

La constitución orgánica del clero era á propósito para secundar el progreso: la ley romana que oponía á las costumbres absurdas y arbitrarias la continua amonestación de que se diera libertad á los esclavos y las inmunidades de que gozaban sus vasallos y las excomuniones locales que lanzaba contra ciertos usos y ciertos tiranos, estaban muy en armonía con las necesidades de la multitud. Ciertamente es que al seguir este rumbo el clero no se proponía mas que llegar al colmo de su poder; pero hay que tener presente que ese mismo poder era popular, y que á pesar de no serles siempre concedidas al pueblo aquellas libertades reclamadas en su nombre por el clero, circulaban á be-

neficio de ellas por la sociedad ideas que andando el tiempo habían de desarrollarse y convertirse en provecho de la humana especie.

El clero regular era aun mas demócrata que el secular. Las órdenes mendicantes tenían relaciones de simpatía y de parentesco con las clases inferiores del pueblo: así es que en todas partes se les ve figurar al frente de las insurrecciones populares: con la cruz en la mano dirigieron los bandos de los llamados *pastoureaux* en las campañas, como las procesiones de la Liga dentro de los muros de París. En el púlpito ensalzaban á los débiles y abatían á los poderosos. Cuanta mas superstición traían los tiempos, mas se multiplicaban las ceremonias religiosas, y mas ocasión tenían por consiguiente los frailes de explicar esas verdades de la naturaleza consignadas en el Evangelio: imposible era que los frailes marchando por ese camino no descendieran alguna vez del orden religioso al orden político. Multiplicóse la milicia de San Francisco porque el pueblo corrió de tropel á afiliarse en ella: los hijos del pueblo cambiaron su cadena por un cordón y á beneficio de este gozaron la independencia que aquella les quitaba: pudieron desafiar á los poderosos de la tierra y presentarse á beneficio de un báculo, una barba desaliñada y los pies sucios y desnudos á dar terribles lecciones al desmedido orgullo de los señores feudales, que reprimiendo en el pecho su indignación, tenían que sufrir la reprimenda del *siervo* convertido en *persona de condición ingenua* solo por el hecho de haber cambiado de traje. La capucha ennoblecía mas pronto que las armas, y la libertad iba entrando en la sociedad por el camino que menos se esperaba. En aquella época el pueblo entero, así puede decirse, abrazó el estado eclesiástico y bajo este disfraz es donde debe buscarsele.

Por último, con razón se ha declamado contra las riquezas de la Iglesia que llegó á poseer la mitad de la propiedad de toda la nación; pero para no separarse del límite de la verdad histórica no hay que perder de vista que las dos terceras partes por lo menos de aquellas inmensas riquezas, estaban en manos de la parte *plebeya* del clero. Insisto en esa palabra *plebeya* porque desarrollando todo el sentido que encierra se llega al verdadero conocimiento de un asunto muy mal comprendido y mal presentado hasta ahora.

El espíritu de libertad é igualdad de la *república* cristiana había pasado en la *monarquía* de la Iglesia. Esta monarquía era electiva y representativa; todo cristiano, aun siendo persona lega y de cualquiera condición, podía en virtud de elección llegar á la primera dignidad. El pontificado no era mas que una soberanía vitalicia, y en ciertos casos los concilios generales podían hasta despojarle de su soberanía y poner otro en su lugar: otro tanto puede decirse de los obispos elegidos primitivamente por la comunidad diocesana.

Sucedió, por lo tanto, que el supremo pontífice era con bastante frecuencia un hombre sacado de la última clase de la sociedad: tribuno dictador que el pueblo elevaba para que pusiera el pie sobre la frente de aquellos reyes y de aquellos nobles, opresores de la libertad. Gregorio VII que redujo á práctica esta teoría y ejerció en todo su rigor el mando que el pueblo le había conferido, había sido un fraile insignificante; Bonifacio VIII, según cuya opinión los papas estaban autorizados para dar y quitar coronas, había sido un oscuro legista; y Sixto V que aprobaba el regicidio, había en su niñez sido pastor de una piara. Aun no se ha alterado después de tantos siglos ese espíritu de igualdad, y es raro que el soberano pontífice sea oriundo de alguna de las poderosas familias de Italia: cuando un sacerdote es elevado al cardenalato, su hermano que tal vez suele ser algun mercader en detalle, ilumina su pequeña tienda en Roma para celebrar la elevación de su hermano. El papa futuro proceden-

te del seno de la igualdad entraba en el claustro, donde encontraba otra especie de igualdad combinada con la teoría y la práctica de la obediencia pasiva y salía de esta escuela con amor de la igualdad y sed del dominio.

Para explicar el poder temporal de la Santa Sede se ha apelado á razones de ignorancia y de religión que si bien contribuyeron á aumentarlo, no deben, sin embargo, ser consideradas como su único origen. Los pontífices heredaron aquel poder de la libertad republicana: ellos fueron los que en Europa representaron la verdad política destruida casi en todas partes y fueron en el mundo gótico los defensores de las franquicias populares. La disputa del sacerdocio y el imperio, es la lucha de los dos principios sociales, el poder y la libertad durante la edad media: los güelfos eran los demócratas de aquel tiempo y los gibelinos los aristócratas. Aquellos tronos declarados vacantes y entregados al primero que los ocupaba; aquellos emperadores que venían de rodillas á implorar el perdón de un pontífice; aquellos reinos puestos en entredicho; aquellos templos cerrados y una nación entera privada del culto por el poder de una palabra mágica; aquellos soberanos abrumados por el anatema, abandonados no solo de sus vasallos, sino hasta de sus criados y parientes; aquellos príncipes, aislados como leprosos, separados de la raza mortal en tanto que llegaba momento de ser también separados de la eterna raza, viendo que los alimentos que habían probado y los objetos que habían tocado eran arrojados á las llamas para ser purificados de la mancha que con su tacto les habían impreso; toda esa pompa terrible nada mas era que los efectos energéticos de la soberanía popular delegada á la religión y ejercida por ella.

Entonces marchaba el pontificado al frente de la civilización é iba avanzando hácia el objeto de la sociedad general. ¿Cómo habrían esos monarcas sin vasallos y sin ejércitos, acaso fugitivos, acaso perseguidos al lanzar sus terribles rayos, como unos soberanos que tal vez carecían de moralidad, que tal vez estaban plagados de crímenes, y que tal vez no creían en el mismo Dios á quien decían servir, cómo habrían podido, decimos, destronar á los reyes con una expresión, una palabra, una idea, si no hubiesen sido los supremos directores de la opinión? ¿Cómo los cristianos diseminados en todas las regiones del globo habrían obedecido á un sacerdote cuyo nombre les era desconocido, si aquel sacerdote no hubiese sido la personificación de alguna verdad fundamental? Así es que los papas han sido dueños de todo, mientras se mantuvieron en los principios güelfos ó demócráticos. Para obtener la tiara favorecieron en Italia las armas imperiales y desertaron de la causa del pueblo; desde entonces principió á declinar la autoridad pontificia y así debió ser; porque fue ponerse en pugna con su propia naturaleza; porque fue, digámoslo así, abandonar absolutamente su principio de vida. La sublimidad de las artes ocultó por de pronto á los ojos del pueblo aquel elemento destructor que empezaba á roer la tiara; pero las obras maestras de Rafael y Miguel Angel que tanto embellece los muros del Vaticano no han reemplazado por cierto el poder de que los pontífices se despojaron al rasgar su primitivo contrato. Esa misma tendencia á un mentido poder es la que dió un golpe de muerte á la monarquía en tiempo de Luis XIV: esa monarquía que hasta el reinado de Luis XIII se había robustecido amalgamándose con las libertades públicas, creyó aumentar la órbita de su poder sofocándolas y no hizo mas que herirse en el corazón.

La invasión de las libertades nacionales se presentó también acompañada de la pompa de las bellas artes: el palacio del gran rey subsiste todavía en pie; pero ¿qué soldados se apoderaron de él y lo custodian?